

IRIS



ADMINISTRACIÓN
50, PLAZA DE TETUÁN, 50
BARCELONA

• IRIS •

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN
50, PLAZA DE TETUÁN, 50
BARCELONA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

ANDALUCÍA

POR

MARTÍNEZ BARRIONUEVO

68 cuadernos, que forman 2 tomos, y encuadernada
con tapas especiales, 78'50 ptas.

EL LLANTO DE UNA HIJA

POR

ALVARO CARRILLO

63 cuadernos, que forman 2 tomos, 15'75 pesetas.
Encuadernada 18'75 pesetas.

LAS MUJERES DE CORAZON

POR

ALVARO CARRILLO

35 cuadernos, que forman 2 tomos, 17'50 pesetas.
Encuadernada, 20'50 pesetas.

REINAR DESPUÉS DE MORIR

POR

M. AMOR MEILÁN

Adornan la obra preciosas láminas.—65 cuadernos,
que forman 2 tomos, y encuadernada, 19'50 ptas.

LA FUERZA DEL DESTINO

POR

A. PEDROSO DE ARRIAZA

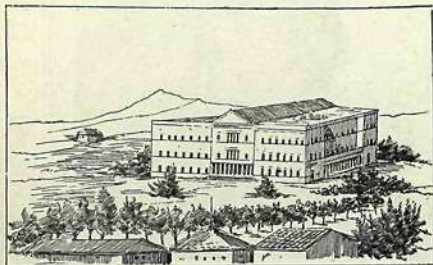
60 cuadernos, que forman 2 tomos, 15 pesetas.
Encuadernada, 18 pesetas.

GIL BLAS DE SANTILLANA

POR

M. LE SAGE

15 cuadernos, que forman un tomo, 7'50 pesetas.
Encuadernada, 10'50



VIAJE AL PAÍS DE LOS SABIOS

POR

D. JUAN LUCENA DE LOS RÍOS

La brillantez del estilo y la animación del relato hacen de este libro una obra que une al deleite de la lectura el fácil conocimiento de la ilustre nación cuyo saber y cuyas artes se han perpetuado en el actual mundo latino. Un tomo en tela, 7'50 pesetas.

Ayuntamiento de Madrid

TIRIOS Y TROYANOS

Graves alteraciones eran las que ocurrían en Salamanca allá por los años de 1790. La famosa Universidad, sumida en el más profundo letargo desde hacía cerca de dos siglos, parecía querer recobrar su antigua celebridad á fuerza de asonadas y rebullicios; pero nunca como esta vez revestía tan amenazadoras proporciones el conflicto.

Porque no se trataba ya ahora de lances y querellas entre medicinantes y legistas, ó entre castellanos y leoneses, ni siquiera entre los sectarios de las novedades francesas y los partidarios de las venerandas tradiciones españolas, sino que los lastimosos disturbios dimanaban de agravios entre los alumnos de Minerva y los fieros hijos de Marte, dignamente representados por el regimiento de dragones de Villaviciosa.



La ciudad, tan tranquila de ordinario, presentaba ahora el aspecto de un campo de Agramante; nada más peligroso que salir de noche, so pena de encontrarse en-

vuelto á lo mejor en alguna de las tremolinas que se armaban á cada dos por tres en cuanto un grupo de estudiantes se topaba con otro de dragones. Salían entonces de sus vainas las espadas, relucían las *dragonas*, volaban por el aire los mugrientos tricornos de tres picos de los unos contendientes y rodaban por el suelo los sombreros de galon de los otros; los manteos arrojados, hacían veces de rodelas, las capas terciadas se tornaban en corazas, y todo era estruendo, chispas, gritería, tumulto, hasta que se oía el pesado caer de un cuerpo en tierra ó el ahogado gemitido de una voz, tras de lo cual quedaba todo en el más profundo silencio.

Dos meses hacía que duraba aquella situación sin que á cierta ciencia pudiera decirse á qué causa obedecía la deplorable contienda; la cosa había empezado por una pendencia entre un legista y un alférez, la cual riña, á su vez, se había originado de un incidente baladí si lo había. El estudiantón, que era un mozo que tañía muy bien la guitarra y se preciaba de una bonita voz, había tenido por conveniente plantificarse delante de una casa habitada por encoquetada familia, y

cantar... sencillamente lo que en lo futuro debía servir de letra á una *petenera*:

Señor alcalde mayor
no prenda usted á los ladrones,
porque tiene usted una hija
que roba los corazones.

Apresurémonos á decir que en la casa susodicha no vivía, sin embargo, ningún alcalde mayor: quien vivía era el señor corregidor.

Ello es que después de sendas contumelias el alférez requirió la espada, el estudiante convirtió en porra su guitarra y se trabó singular contienda, que pronto se transformó en plural en cuanto comenzaron á llegar amigos poniéndose de parte de uno y otro, sin preguntar absolutamente nada sobre el motivo de la brega.

Por fin, llegaron órdenes del Supremo Consejo de Castilla para que el corregidor procediese sin levantar mano á depurar la naturaleza de aquellos hechos, pero en vano eran todas sus diligencias y

desvelos; nada se podía descubrir; los ánimos continuaban excitados; el peligro era continuo, y lo más extraño era que cada vez que el señor corregidor iba a misa con su familia, ó salía a dar un paseo por las deliciosas riberas del Tormes, también con la familia, ó iba de visitas, con la susodicha, parecía como si soplaste sobre Salamanca un maligno viento que exacerbase los enconos é hiciese rebullir las sangres, á pesar de correr entonces los más crudos meses del invierno, ¡hasta que, por fin, un día en que hubo que deplorar la importante cifra de diez y siete bajas de sangre entre los concurrentes á las aulas y los oficiales del regimiento, hubo el señor corregidor de quedar profundamente turbado al ver deshecha á su hija, la hermosísima Inesita, en un mar de lágrimas.

Preguntóla atónito su padre á qué venía aquel luctuoso exabrupto, aquel doloroso gemir y aquel trisísimo suspirar, é Inesita, enjugándose con un albo pañuelo las lágrimas que desprendiéndose de sus grandes ojos negros surcaban sus mejillas de ambarina pulpa, baja la cabeza y entrecortada la voz, exclamó:

—En mí tienes, ¡oh padre mío!, á la culpable causante de todos estos trastornos y bullicios, y hasta que no abandonemos esta ciudad, trastornada por mi fatal hermosura, no renacerá en ella la tranquilidad de que es tan merecedora. Un joven estudiante puso en mí los ojos, no me dejó á sol ni á sombra cantándome ternezas cuando no podía murmurarlas en prosa en mi oído ó enviármelas en bien rimados madrigales. En vano, sin embargo, eran sus amorosas quejas; mi pecho estaba cerrado á sus amantes cuitas. Por fin, un día, al salir á pasar revista los dragones, estaba yo en el balcón, y cayóse mi pañuelo al arroyo. Al momento saltó de su caballo un apuesto alférez, recogió la batista y subió hasta aquí... á entregármela... ¡Perdóname, padre mío, mas desde aquel instante yo le amé! El otro se puso hecho una furia al comprender que mi afecto no era para él: Citóle una noche, y le llamó *Páris*. El oficial preguntó que quien era *Páris*, y el legista le dijo que era un pastor, que había robado á Helena de su esposo Menelao... —Entonces ¿usted es Menelao?—le preguntó el oficial. —Por tal me tengo. —Pues, señor Menelao, aquí tiene usted á *Páris* dispuesto á romperse con usted la crisma. Rñeron, formáronse los dos bandos de *tirios y troyanos*, y ya ves, no hay más remedio para que se restablezca la paz, que marcharnos.

Asombrado quedó el buen corregidor de la revelación de Inesita, y deseando evitar á Salamanca los horrores del sitio de Troya, pretextó no convenirle los aires de aquella tierra, y así terminó el conflicto, con general satisfacción del vecindario.

Sensible nos es tener que certificar ahora, á tenor de lo que las crónicas refieren, que así *Páris* como Menelao no hubieron de tardar mucho en consolarse de la partida de la fatal Helena en el amor de dos dignas descendientes de aquella gentil Esperancita, que el Príncipe de los Ingenios Españoles inmortalizara en una de sus *Novelas ejemplares*.

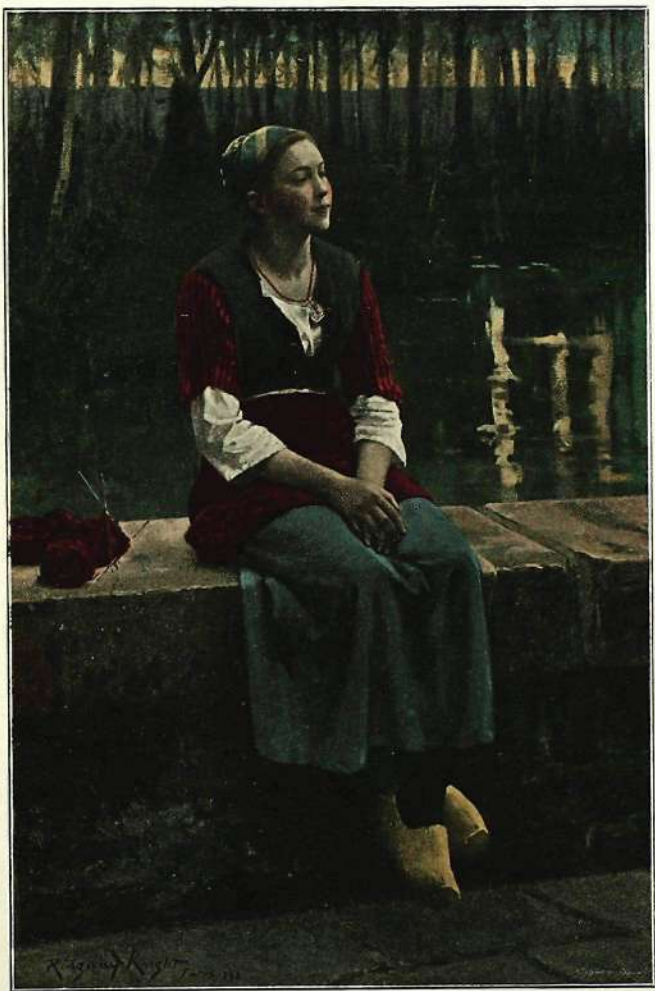
Siguiendo el consejo castizamente español de que un clavo saca otro clavo, sacáronse la diamantina flecha de D.^a Inés con la mellada saeta de la *Estudiante* y la *Mostachos*, encantadoras ninfas, á las cuales cantó Menelao en versos sino pindáricos cuando menos dignos de Iglesias ó Meléndez, y en cuyo obsequio hacía el dragón caracolear su caballo por la Plaza Mayor no sin grave escándalo de la sesuda población salmantina.

Y así se pasaron dos años, al cabo de los cuales el legista regresó á sus patrios lares de Viana del Bollo y el alférez fué destinado á Cataluña, sin que ni uno ni otro recordaran ya á la pristina causante de sus desavenencias, en lo cual estaban iguales, pues Inés había casado ya por entonces con un joven alcalde de casa y corte, en virtud de habérselo ordenado así su señor padre: por donde se ve que la humanidad cambia muy poco...



ALFREDO OPISSO

Ayuntamiento de Madrid



RIDGWAY KNIGHT: CONTEMPLACIÓN

Ayuntamiento de Madrid

COSAS DEL DIA



Desde el domingo pasado estamos de fiesta en Barcelona, con motivo de la llegada de la escuadra francesa, á la que envío desde las columnas del Iris mi modesto, mas no por ello menos cordial saludo. La visita de los marinos franceses es una muestra de simpatía que la nación vecina da á nuestro país: lo cual es siempre de agradecer y debe regocijarnos á todos.

Por esto y por... lo otro, las que mayor satisfacción sienten en los actuales momentos de festejos y agasajos internacionales son las mamás que tienen niñas casaderas y hasta ahora incasables.

En este lamentable caso se encuentra mi respetable amiga la señora de Colltort, autora (en colaboración con su esposo, naturalmente) de dos muchachas que parecen dos arenques ahumados, y que hasta la fecha, por culpa de su falta, no han encontrado colocación.

Y no es que su madre no haya hecho los imposibles para buscarlas partido; nada de eso. La buena señora, un día sí y otro también, las lleva por la mañana á la Rambla de las Flores, por la tarde al paseo de Gracia ó al Parque, y por la noche al teatro ó, por lo menos á la horchatería; pero todavía no ha conseguido más que unos dolores reumáticos y un callo del tamaño de una sopera chica que le ha salido en el dedo gordo del pie izquierdo, y que su cariñoso cónyuge le rebaja todos los días frotándolo pacientemente con piedra pómez durante dos ó tres horas.

Apenas se enteró la de Colltort de la venida de la escuadra que manda el almirante Fournier, cuando, sin acordarse del callo ni del reumatismo, cogió por la cintura á su marido y le hizo dar tres vueltas de vals, produciéndole tal mareo, que cuando le soltó el pobre hombre fué á dar de bruces contra la cocinera, que entraba en aquel instante con una fuente de natillas. Colltort

metió la cabeza en la fuente y se tiñó de rubio la negra cabellera; pero como tiene buena pasta, se limitó á limpiarse con el delantal de la criada y á murmurar:

—¿Te has vuelto loca, querida Obdulia?

—¿Loca? Sí: de alegría. ¡Hasta se me ha quitado la gana de cenar!

—No es extraño, porque sólo nos faltaba tomar el postre, al cual habremos de renunciar, sino que reís natillas con cabello de angel...

—Algún angel bueno trae aquí esa escuadra.

—¿Qué dices?

—Digo que si ahora no se casan las niñas habrán de renunciar para siempre al matrimonio.

—¡No! ¡No, mamá!—exclamaron con candorosa inocencia Montserrat y Eulalia.—¡Nosotras no queremos renunciar!

—Confío en que no será necesario tan doloroso sacrificio, porque, fijos bien, en primer lugar los franceses son muy finos y no os han de hacer un desaire; luego si vienen como dicen por ahí á establecer la alianza franco-española, no podrán menos de alegrarse de que se les presente ocasión de hacer dos alianzas en vez de una... y, en fin, todo se ha de decir, vosotras, que no sois feas, y hasta seréis guapas cuando engordéis un poco, no tenéis nada de discretas, lo cual os perjudica con vuestros compatriotas; pero como los franceses no os entenderán, tampoco se harán cargo de las tonterías que se os ocurren... ¿A qué hora llega la escuadra, Angel?

—El periódico dice que de ocho á nueve.

—Pues mañana á las siete es necesario estar en el puerto.

Y, efectivamente, á las siete ya estaba la familia Colltort en la plaza de la Paz; sufrió á pie firme un plantón más que regular, y su desilusión fué grande al ver que la mayor parte de los buques franceses anclaban á considerable distancia. ¡Sin duda habían creído que atracarían en las escaleras del embarcadero de los vapores golondrinas!

La mamá y las niñas esperaron impertérritas á que desembarcasen los marinos extranjeros; pero entonces aumentó su decepción: ninguno de ellos pareció darse cuenta de que había salido á recibirlos la distinguida familia de Colltort.

Mustias y cariacontecidas volvieron á su casa las tres mujeres. Por fortuna la mamá tuvo una inspiración feliz.

—¡Angel!—exclamó de repente.—¡Nos hemos salvado! Yo te juro que las niñas se casarán si sigues mis consejos.

TEATRO GRAN VIA.-COMPANIA DE OPERETA ITALIANA DE CESARE GRAVINA

I GRANATIERI: opereta en tres actos



CORO.—DUETTO DEL TERCER ACTO

—¿Qué hay que hacer?

—En primer lugar, no perder el tiempo en rebajarme el callo lentamente, sino extirparlo por completo, para lo cual hoy mismo iré á casa de una acreditada callista que...

—Sí, ya sé. «—¡Oh! Que placer se siente después de visitar á la señora...»

—¡Desvergonzado! ¿Conque se siente placer, eh? ¡Ya te daré yo placer!

Y D.^a Obdulia pegó un pellizco de los de triple tornillo á su infeliz esposo, que gimió:

—Pero, hija, ¡qué culpa tengo yo de que se anuncie así esa señora!

—Bueno, pues no repitas semejantes anuncios que son capaces de turbar la paz de un matrimonio. Lo que he pensado es que contratemos un vaporcillo, y ya que los franceses no vienen á nosotras, vayamos nosotras á los franceses.

—Es el procedimiento de Mahoma...—murmuró D. Angel frotándose con saliva la parte dolorida.

Dicho y hecho: las de Collort no pudieron contratar un vapor, pero se contentaron con tomar una modesta barca en la que se pasan las horas muertas haciendo *las osas*, es decir, dando vueltas en torno del *Brennus*.

Porque es lo que dice la madre:

—Montserrat,—(que por cierto tiene una nariz que parece un pico de los que abundan en la famosa montaña del mismo nombre)—lo menos que se merece es un almirante.

¡Cuán lejos están de sospechar nuestros simpáticos huéspedes las temibles redes que les tienden la señora de Collort y sus dos arenques ahumados!

Verdad es que no tienen tiempo ni ocasión de fijarse en pequeñeces, pues se pasan los días de bañquete en recepción y de café en teatro.

Hasta las *orquestas* callejeras dedican sus desafinaciones á la *escuadra francesa*.

Si se prolonga mucho su permanencia en nuestro puerto hasta es posible que D.^a Obdulia se decida á dar un *tunch* á los bizarros marinos ultra-pirenaicos.

Y bueno será advertirles que la mamá de Montserrat y Eulalia es capaz de aprovechar las natillas del domingo pasado.

EDUARDO BLASCO



F. SANS CASTAÑO: CRÍTICA SITUACIÓN

Ayuntamiento de Madrid

UNA EXPIACIÓN SIN MOTIVO

Desde el año 60 al 62 me tuvo entre sus garras la miseria, y entonces conocí á los hombres por estar despojado de sus vanidades y alimentado con sus odios. Es decir, vanidad siempre la tuve, porque soy artista, y como tal hurafío, envidioso, amigo de que me ponderen y partidario de que todo el que, como yo, cultiva un ramo de la inspiración humana, debe circular por el mundo más deseado que las onzas de oro y con igual leyenda: *por la gracia de Dios* que nos hace sus elegidos y *de la constitución* que nos permite ser ciudadanos. Merced á mi estilo particularísimo de tocar el violín me he granjeado muchas antipatías, entre ellas la que dió al traste con los sueños de mi juventud.

Véase como fué.

Tenía veinte años y adoraba á una joven de ojos azules que me inspiró mis más hermosas melodías. De aquella época datan mi tanda de vales titulada *Martirio*, mi célebre misa en la y mis caprichos para piano *Estrellas y coles*, *La laguna tornasolada* y *En los brazos de X. Eugenia*, que así se llamaba mi novia, tenía un padre brutal y egoísta, tan rico que parecía bueno, y tan enemigo de la música, que bastaba pronunciar mi nombre delante de él para que se pusiera nervioso. Sus fincas eran numerosas, no sólo en Murcia sino también en todo el territorio de la huerta donde tenía una posesión grandiosa. Allí encerró á su hija para impedir nuestros amores.

Yo no cejaba, sin embargo. ¿Cómo había de desconocer que los genios son los más obligados á vencer las dificultades? Rosami, me decía, se arrojó al Rhin para llevar á su amante una flor. Yo también me echaré de cabeza

al Segura y haré lo mismo. El destino me tenía reservada una prueba muy dura; llegué á la finca é imité al buho, pero en vez de acudir mi novia al reclamo, acudieron cuatro jayanes que me molieron las costillas. Vengativo como un corso, pensé desde luego en arrancar al padre la vida; pero mientras maduraba mi crimen procuraba acordarme de si había existido otro genio ora en música, ya en poesía á quien hubieran apaleado también. Entonces me vino á la memoria el recuerdo de que á Voltaire le golpearon los lacayos del caballero de Rohan y quedé más tranquilo, pero no menos propuesto á llevar adelante mi plan.

Era una hermosa noche de julio, cuando me dirigí á la huerta; el calor era sofocante, la luna paseaba su disco lleno de luz por un cielo sin nubes, y en medio de la Naturaleza dormida sólo se escuchaba el murmullo de las esclusas y de los canalillos que fecundan los grandes cuadros de hortalizas. De vez en cuando una choza blanca, un árbol copudo, un campo de arroz se destacaba á mi lado; al fin, descubrí la cabaña donde solía pasar la noche el que no quería ser mi suegro. Andando á paso de lobo y oprimiendo con mano nerviosa el hacha que había elegido como el arma más segura para terminar de un solo golpe, di una vuelta al rededor de la cabaña y llegué hasta la puerta: estaba entornada solamente; presté atención y oí un ronquido largo y á intervalos iguales signos del que duerme con sueño profundo. Importábame saber si estaba solo para que la impunidad fuese completa, y con osadía sin límites y confiando en mi buena sombra encendí un fósforo, y en lo que tardó en encenderse tuve tiempo de ver el rostro ancho y avinado de mi enemigo. Salí nuevamente, y apliqué el oído al suelo. Ningún rumor de los que sonaban podían llamar mi atención.

Satisfecho respecto á este punto, pero asaltado por los primeros temores de mi conciencia, hice lo que todo galán, cuando acude á la cita de una mujer á quien no quiere, y con la que se ve obligado á cumplir. Creer que lo que solamente es un capricho debe ser una obligación ineludible. Acordeme de



los palos y de la saña de mis apaleadores: me pinté á mi gusto el rostro repulsivo del padre de la mujer que amaba, al dar las instrucciones de mi suplicio, y excitado, al fin, por aquella fantasía del crimen, penetré con resolución en la choza, palpé el cuerpo del que iba á matar, volvíme ligeramente, levanté el hacha con las dos manos y cerrando los ojos di el golpe; mis cabellos se erizaron y un sudor frío me inundó la frente al ver que el hacha había penetrado tan profundamente que no la podía sacar. Abandonéla y salí... salí como un loco; cada vez que el viento movía los árboles me parecía ver brillar á la luz de la luna los botones de la levita de un guardia civil; así andando durante toda la noche, al día siguiente perdí de vista la ciudad y ocho días después embarcaba en Málaga con rumbo á Veracruz.

Durante los primeros días de navegación creí morir; abandonado en el entrepuente, el mareo me producía terribles alucinaciones; en cierta ocasión ví en la penumbra la figura de un hombre que se dirigía hacia mí: era mi víctima, era la misma catadura, la misma robustez, los mismos ademanes. ¡Perdóname!, grité tratando de arrodillarme; no me asesines por piedad. El entonces se echó á reír y me arrojó sobre una colchoneta. Era el contramaestre, sí, pero antes, había yo visto delante del contramaestre la visión horrible del asesinado. Al día siguiente tuve ocasión de verme en un trozo de espejo clavado en la parte baja del palo mayor, y me horroricé: los remordimientos me habían cambiado totalmente; mi cabeza estaba cubierta de canas y era ya un viejo cuando no había empezado á ser joven.

Renuncié á detallar mi estancia en América y los sinsabores que sufrí. Diez años pasé ejecutando la sinfonía de *Marta*, desde la una de la noche, en medio de las calles más silenciosas. Por fin, hallándome en Charleston, *la United, sociedad de amigos* de lo bueno y lo bello, acordó en sesión extraordinaria otorgarme dos millones de dollars si rompía el violín y me callaba para siempre. Así lo hice; acordándome de que Hoffman rompió también su stradivarius, y resolví volver á España.

Tantos anhelos, tantas penalidades, tantas noches en vela y orando por el alma de aquel á quien privé de su vida, debían absolverme de mi pecado delante de Dios; los hombres me despreciarían, sí, pero yo vería otra vez el cielo de Murcia y los matices verdes de su hermosa huerta, y podría morir en el mismo lugar en que mi madre me dió á luz, confiando en que otro sería mi destino en la tierra. Lo primero que hice en cuanto llegué fué visitar al cura de mi parroquia: era ya muy viejo, pero conservaba la memoria y me recordó.

—Padre,—le dije,—un gran crimen me obligó á huir en otra ocasión de esta tierra bendita.

—¿Un crimen?—me preguntó asombrado.

—Sí, por desgracia... si usted fuera tan amable que admitiera medio milloncito de limosnas para los pobres...

—La limosna es lo que más acerca á Dios.

—Y otro medio millón para restaurar la iglesia.

—Hijo mío,—exclamó entonces el cura,—pocos indianos hay como tú y eso te glorifica; la mayor parte de los que vuelven de allá se callan sus delitos y sus fortunas... pero... dime... dime cuál fué tu crimen.

—¡Perdón! He rezado... he llorado mucho... yo asesiné á un hombre hace diez años.

—¿Aquí?

—En la huerta.

—¿Fué á Porche? Al desdichado aquí...

—No, señor.

—Entonces, no calgo.

—Fué á Sociats, el rico.

—¿Estás loco? ¡Si Sociats vive! ¡Si está pletórico de vida!

Aquella frase me anonadó; me parecía que había oído mal, é hice que el pobre cura la repitiera. Salí á la calle y corrí como un loco hacia la casa de mi víctima donde me anuncié con nombre supuesto. Entré en el comedor y vi á mi hombre tan rollizo como siempre, aunque más canoso. En seguida me hizo sentar. Los años le habían hecho más tratable, sin duda.

—¿Y Eugenia?—le pregunté titubeando.

—Bien,—contestó Sociats,—casada con un fabricante de alpargatas y llena de hijos.

Me estremecí pensando en lo tonto que había sido en otro tiempo vadeando el Segura para hacer la corte á una mujer destinada por Dios á construir alpargatas.

—Y usted ¿quién es?—preguntó mi ex víctima.

—Vengo de La Plata.

—¡Buen país!

—Allí tuve la desdicha de encontrar á un enemigo de usted, á un hombre consumido por los remordimientos... creo que quiso asesinarle á usted una noche.

—¿A mí?—gritó Sociats en el colmo de la sorpresa.



—En una choza, hace diez años.
 —¿Y cómo se llamaba ese prójimo?
 —Vicente Geltrú.
 Sociats se echó á reir.
 —Ese,—dijo,—fué un molzabete á quien mandé dar de palos por presumido.



—Quizá no lo fuera.
 —Y por mal músico.
 —Vea usted lo que dice.
 —Y ¿quién es usted?

—Yo,—dijo en el paroxismo del furor,—soy ese mismo de quien usted se burla, soy Geltrú.

—¡Caramba!—me respondió el rico con sorpresa.—¿Qué cambiado está usted! Y ¿dice usted que me asesiné?

—Perdóneme: pero estaba ciego... por la ofensa que usted me había inferido... hace diez años entré en la cabaña en que usted dormía...

—¿Llevaba usted un hacha?—preguntó Sociats de repente.

—Sí, señor.

Echóse el hombre á reir nuevamente con ademanes descompuestos y luego añadió tendiéndome la mano:

—Muchas gracias.

—¿Por qué?

—Aquella noche no hizo usted más que partir una sandía que me acababan de regalar y regalarme el hacha con que pensó usted decapitarme.

Me quedé anonadado; y para eso había encanecido á los veinte años;

años; y para eso me había condenado á vivir lejos de mi patria arrojando los mayores peligros como penitencia. Despedíme de malos modos y volví á ver al cura.

—Padre,—le dije,—retiro el medio millon que había dado para los pobres y el otro medio y me voy de aquí para siempre.

—Pero ¿qué te sucede?—exclamó el pobre cura sin saber que pensar de mí.

—Le parece á usted poco: he expiado durante una eternidad el crimen de haber partido una sandía.

LEOPOLDO LÓPEZ DE SAÁ

A LARGO PLAZO...

(CUENTO HUMORÍSTICO)

A una jamona muy guapa pero todavía fresca, capaz con sus gracias de tentar á un santo de piedra, en un apuro metálico cierto joven calavera, sin plazo fijo ni réditos le prestó dos mil pesetas; y ella muy agradecida

á tan liberal fineza le dijo así: «—Con el tiempo le pagaré á usted la cuenta. Pero el joven que era listo y además largo de lengua, le replicó incontinenti, comprendiendo la indirecta: «—Señora, si el plazo es largo le perdono á usted la deuda.»

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE

LA ESCUADRA FRANCESA EN BARCELONA

El domingo, 16, á las ocho de la mañana, llegaba á la vista de Barcelona y fondeaba luego en su rada la poderosa escuadra francesa del Mediterráneo, al mando del almirante M. Fournier.

La flota francesa, recibida en medio de las más entusiásticas aclamaciones, se compone de los siguientes buques:

Brennus, acorazado de primera clase que arbolaba la insignia del jefe de la escuadra vicealmirante Fournier, desplaza 11,300 tonel-



S. E. EL ALMIRANTE FOURNIER
JEFE DE LA ESCUADRA FRANCESA DEL MEDITERRANEO

das, va armado con 47 cañones de diferentes calibres y está tripulado por 672 marinos; sus máquinas desarrollan una fuerza nominal de 13,600 caballos de vapor.

Massena, de 11,900 toneladas, 14,800 caballos; 39 cañones de diversos calibres y 666 tripulantes.

Bouvet, de 12,200 toneladas, 14,000 caballos, 42 cañones de distintos calibres y 665 hombres de dotación.

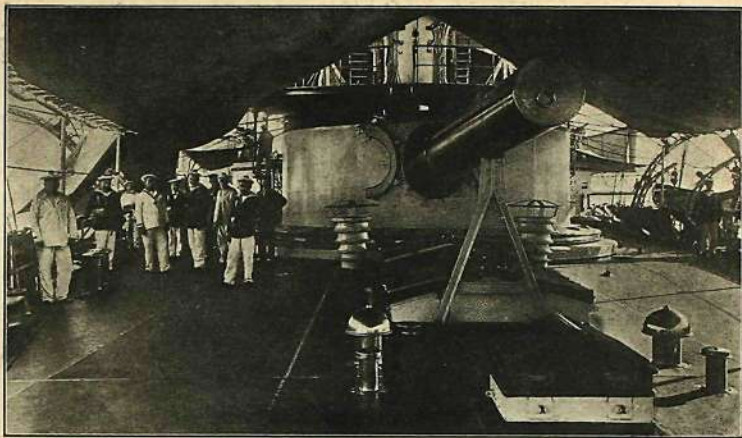
Charles Martel, de 11,882 toneladas, el mismo número de cañones que el anterior, 14,990 caballos y 646 tripulantes.

Carnot, de 12,150 toneladas, 42 cañones, 16,000 caballos y 646 tripulantes.

Jauréguiberry, de 11,824 toneladas, la misma artillería que el anterior, 15,000 caballos y 640 tripulantes.

Cruceros de primera clase:

1. CASABAND.—2. D'ASSAS.—3. DE GUAYLA.—4. CAIMAN.—5. TENDILLO.—6. BOUVET.—7. MASSENA.—8. BRENNUS.—9. JAUREGUIBERRY.—10. CHARLES MARTEL.—11. TREVILLE.—12. FOURNIER



LA CUBIERTA DEL «BRENNUS»

Amiral Pothuau, de 5,365 toneladas, 10,378 caballos, 30 cañones y 463 hombres.

Latouche-Treville, y *Chanzy*, de 4,750 toneladas, 22 cañones, 8,450 caballos y 395 tripulantes cada uno. Cruceros de segunda clase:

Du Chayla y *D'Assas*, de 3,350 toneladas el primero y 4,000 el último, 31 cañones, 10,143 caballos el primero, 9,500 el segundo y 390 tripulantes cada uno.

Avisos:

Galilée, de 2,317 toneladas, 6,800 caballos, 20 cañones y 263 tripulantes.

Lavoisier y *Linois*, de 2,320 toneladas, 16 cañones y 248 tripulantes.

Torpederos de alta mar:

Forban, de 117 toneladas y 3,260 caballos, 2 cañones y 28 tripulantes.

Cyclone, *Ellibustier*, *Sarrazin* y *Coureur*, del mismo tonelaje, artillado y tripulación que el anterior.

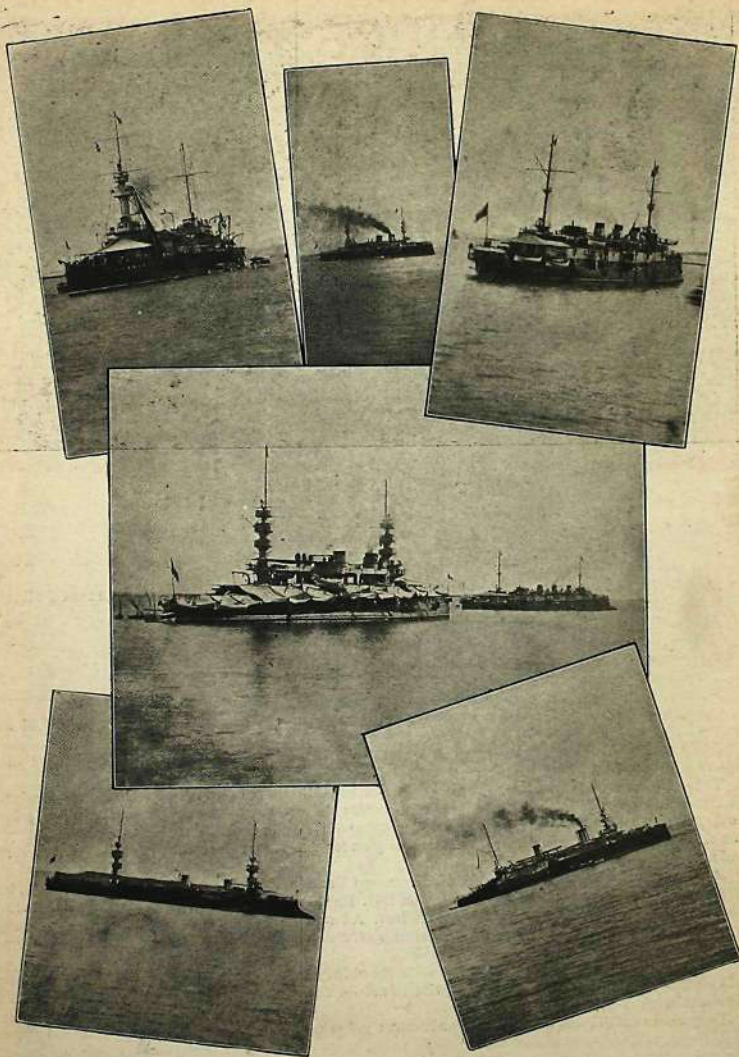
Leger y *Levrier*. — Avisos torpederos, de 510 toneladas, 6 cañones y 89 hombres de tripulación cada uno.

Todos los barcos que hemos enumerado representan la última palabra del poderío naval: desplazamientos de 12,000 toneladas; blindajes de 45 centímetros de espesor; piezas de 39 centímetros; velocidades de 18 3/4 a 30 millas por hora; máquinas de 18,000 caballos; cañones de tiro rápido; cofas militares, y a todo esto agréguese la precisión en las maniobras y en los simulacros de combate, sin la menor avería ni el más leve contratiempo.

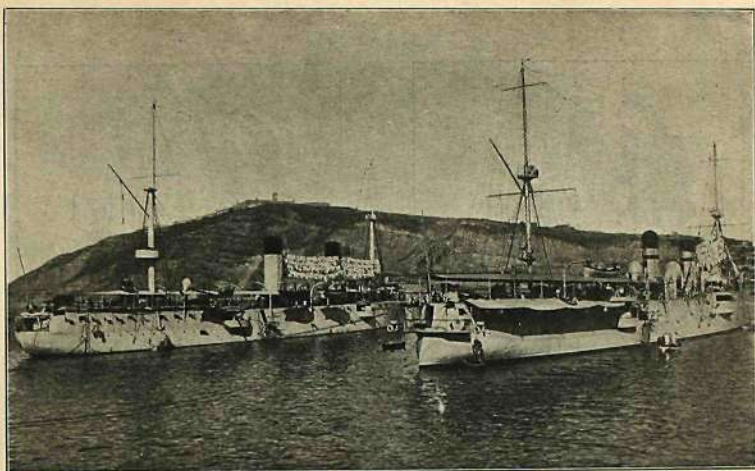
Manda la escuadra el vicealmirante M. Francisco Ernesto Fournier, que cuenta hoy 57 años, habiendo ingresado en la marina como guardia en 1861. Ha sido jefe de E. M. de la escuadra del Mediterráneo y fué promovido á su actual empleo en 1897. Además de sus dotes como almirante goza fama M. Fournier de hábil diplomático. Prestó valiosos servicios durante la guerra con Prusia, ha navegado mucho y es hombre de vastísima ilustración.

El contra-almirante Maréchal es el jefe de la escuadra ligera y el de igual graduación M. Roustan de la segunda división de acorazados. El primero arbola su insignia en el *Pothuau* y el segundo en el *Charles Martel*.

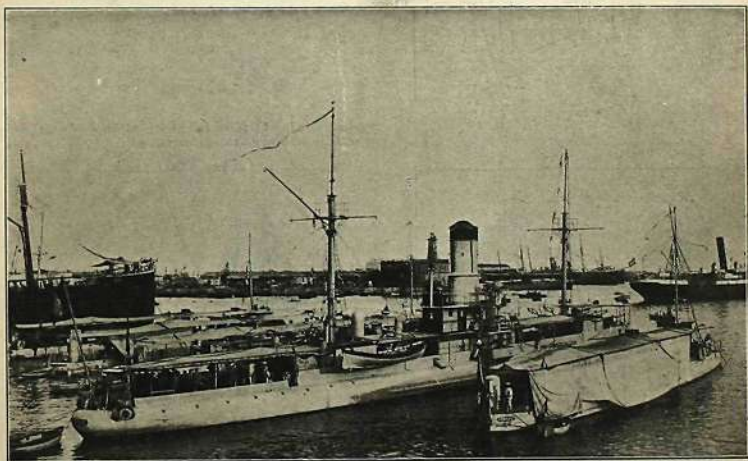
Después de cambiadas las salvas de ordenanza y hechas las visitas de ceremonia comenzó una serie de festejos en todos los cuales se han hecho patentes las simpatías de la población hacia los bravos marinos de la vecina República. Ponche en Miramar, dado por la colonia francesa al almirante Fournier, recepción en el Consulado, recepción en el Ayuntamiento, y en perspectiva un suntuoso baile en el *Teatro Lírico*, nuevos banquetes, festival en el Palacio de Bellas Artes, etc., todo en medio de las más cordiales manifestaciones de amistad y consideración.



1. BRENNUS.—2. JAUREGUIBERRY.—3.—POTHUAT.—4. CHARLES MARTEL
5. LATOUCHE TREVILLE.—6. CARNOT



CRUCEROS «LINOIS» Y «LAVOISIER»



TORPEDEROS «LEGER», «FORBAN», «CYCLONE», «CHEVALIER», «FLIBUSTIER» Y «LEVRIER»



1. —Bueno, tome usted una peseta; pero cuidado con gastarla en vino ú otros placeres livianos; tómese un cocidito, que buena falta le hace.

—Dios se lo pague, señor.



2. —¡La órdiga! Y! con la sed que yo tenía; pues no va á ser trago el que voy á echar á la salud de ese *gachó* moralista.



3. ¡.....!



4. —¡Viva la reli... ¡Viva la embriagada! La curda es el estado perfecto del hombre. ¡Abajo la... la...!



5. Y el caso es que todavía me he quedado con ganas de beber; vamos á ver si el señor ese me da pa empalmarla.



6. —¿No le da á usted vergüenza encontrarse en ese lastimoso é innoble estado? ¿Qué ha hecho usted con la peseta que le he dado antes, gastarla en vino?

—¿Qué... qué... quería usted que hiciera con una peseta, comprar un plano?



LA FORTUNA DE RAMON

Viajando un día de invierno
di conmigo de pasada
en una aldea llamada
Villacabrana del Cuerno,
cuyos rudos moradores
viven sin temor de Dios
murmurando más que los
arroyos murmuradores.

Allí está Ramón Peralta
al cual, como buen maestro
de la escuela, hasta el pan nuestro
de cada día le falta;

y al verle como un flautín
cualquiera aseguraría
que no come desde el día
que asesinaron á Prim.

Pues bien, la gente vulgar
que vi yo en Villacabrana
ponderaba la fortuna
del dómíne del lugar,

diciendo á más no poder:
«—¡Qué fortuna *tié* Ramón!
¡No hay en toda la nación
otra igual ¡qué la ha de haber!»

Mas como era inexplicable
que hubiera efectivamente
un esqueleto docente
con fortuna respetable,
creyéndolo una tontuna
le pregunté á un tal Crisanto:
—¿Quiere usted decirme á cuánto
ascenderá esa fortuna?

¡Si á mí me parece un cuento
lo de la fortuna grande
de Ramón! ¡Si no hay quien ande
tan Adán ni tan hambriento!
¡Si no puede alzar la voz!
¡Si de seguir sin cobrar
se va á tener que almorzar
á los niños con arroz!

—Pues yo se lo explicaré

sin escrúpulo ninguno,—
me dijo el villacabrano
con la mayor buena fe.

Residia en esta aldea
desde hace diez años una
muchacha llamada Bruna
tan cochina como fea,
más odiosa que la muerte,
más adusta que una arpia
y que á más de eso tenía
tal cariño al sexo fuerte,
que durante el mes de abril
tuvo que ver, y no en balde,
con el juez, con el alcalde
y con la guardia civil.

En sus caprichos llegó
hasta el maestro de escuela;
le pretendió la mozueta
y él no la dijo que no.

Pues, bueno; se iba á casar
Ramón con aquella fiera
que por sus costumbres era
la vergüenza del lugar,
cuando ella en un arrebato
de pasión ardiente, dió
media vuelta y se escapó
con un arriero muy chato.

—¿Dejó á Ramón? ¡Pobrecillo!
Pero bien, ¿si come alpiste
cuando más, en qué consiste
su fortuna?

—Es muy sencillo:
en que como huyó la Bruna,
no es hoy su marido.

—Y ¿qué
—Nada. ¿Le parece á usted
que es esa poca fortuna?
Sobre que la muy *tunanta*
le hace un servicio con eso,
pues *se la han dado con queso*
y el queso á Ramón le encanta,
—Tiene usted mucha razón.
—Pues, nada, ya sabe usted
por qué hablamos tanto de
la fortuna de Ramón.

JUAN PÉREZ ZUÑIGA

TEATRO TIVOLI.-COMPAÑIA DEL CIRCO DE PARISH

CURRO VARGAS: zarzuela de los Sres. Dicenta y Paso; música de Chapí



ACTO II.—ESCENA DE GAMERO Y EL ALCALDE



ACTO II.—ESCENA FINAL

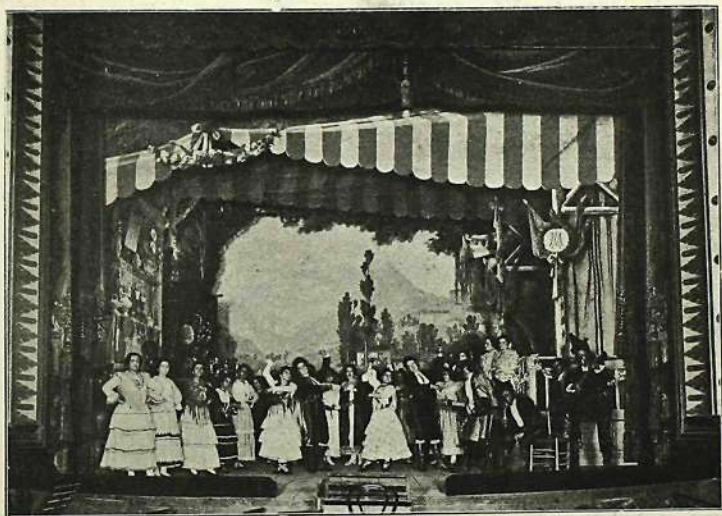


ACTO III.—ESCENA DE LA SACRISTIA

Ayuntamiento de Madrid



ACTO I.—EL TERCETO DEL «BICHO»



ACTO III.—EL BAILE

Ayuntamiento de Madrid

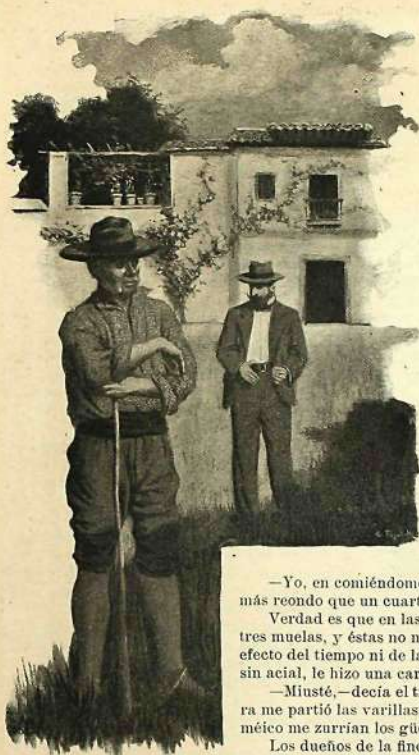


EN EL INTERMEDIO

Ayuntamiento de Madrid

UN CORTIJERO DE GRACIA

(BOCETO HUERTANO)



En los Pollizos, partida de huerta del término de Alazahar, vivía el tío Juan Pérez, alias *Rompeollas*, cortijero de la heredad que allí poseía un ricachón á quien en el pueblo nombraban por antonomasia el marqués.

Cuando el que esto escribe lo conoció, frisaba la edad del tío Juan en los sesenta años, y su cabeza apenas aparecía blanqueada por las canas; en cambio, una calvicie tonsurante había empezado á pelarle la coronilla, y por cada arruga de las que surcaban su rostro, según confesión propia, le cabía un buey trotando.

Nacido en el cortijo, donde los *Rompeollas* eran una institución casi legendaria, el tío Juan había cultivado la huerta del marqués durante medio siglo, y todavía se conservaba *más firme que un soldado* y con fuerza para echarse á las costillas *una tierra sin madrigueras*. Así lo decía él, gran maestro en hipérboles; pero era incuestionable que los años no habían logrado encorvarle y que, á los sesenta, manejaba el legon con tanta gentileza como la cuchara. Y no quiero decir, con esto, que fuese dado á la glotonería; al contrario, era sobrio como un beduino, cualidad de casi todos los labriegos de país cálido. En cierta ocasión le oí decir:

—Yo, en comiéndome una zaranda de higos y un cacho de pan, me quedo más reondo que un cuarto.

Verdad es que en las mandíbulas del lado izquierdo no tenía arriba de tres muelas, y éstas no muy enteras; pero la ausencia de las otras ni era efecto del tiempo ni de la caries: una mula cocera, á la que se puso á herrar sin acial, le hizo una caricia de las suyas.

—Ministé,—decía el tío Juan, al relatarle el infausto suceso,—la peinete me partió las varillas y ya no fui hombre en cinco meses. Cuando vino el méico me zurrian los güesos como un cesto de caracoles.

Los dueños de la finca conservaban en ella al tío *Rompeollas*, perdonándole cierta holgazanería innata, en gracia á su acrisolada honradez. Además, es muy cierto que Juan Pérez tenía tachas; mas, en cambio, abundaban en él las buenas cualidades, y la más saliente era *tener gracia*. Esto lo supe cierto día en que, por mal de mis pecados, me aquejaban los ardores de la dispepsia. Era yo, entonces, huésped del marqués; acababa de levantarme del lecho y como me quejase del estómago en presencia de la cortijera, díjome ésta:

—Si quíe usted que se le quite el dolor, agora mesmo le diré que venga á mi Juan pa que le haga á nsté una cruz en el estómago con los deos. Aunque me esté mal ceirlo, mi mario tié gracia, como casi tos los que se llaman Juan, sin que esto sea ofender á naide.

—No es necesario que llame usted al tío Juan: en la huerta lo veré.

El tío Juan estaba regando la hortaliza. Con los calzones arremangados sobre la rodilla y los pies calzados de barro, apoyándose en el asta del azadón, miraba el agua que se extendía pausadamente por un cuadro de alfalfa, brillando entre la aterciopelada yerba que, todavía muy corta, dejaba penetrar los oblicuos rayos del sol.

—Buenos días, tío Juan. ¿Cómo va el riego?

—Güeno: hoy trae la cieca un golpe de agua de primera; y farta hacía, que hogaño ha sío más malo que arranco y no hemos tenío un deal de agua ni pa una melecina. Por fin, la semana pasá ha llovío argo, sobre to el jueves que caía el agua más espesa que pelos de zamarra. Pero la cosecha de hogaño ha sío cosa perdía.

—Pues yo estuve ayer en la era, cuando aventaban, y el trigo no me pareció malo.

—¡Miusté que malo! Mejor que las perlas finas. Es como el pan de la tía Tomasa: güen pan, pero poca masa.

—¿No estará muy barato, verdad?

—A tres duros fanega, que con esos cuartos hay pa hacerle rezar á un gitano, y la cebá á veinticinco reales. El año pasao que cogió mi amo, aquí, en el realiquio de los Pollizos, ochenta y tres fanegas de trigo, y en los bancales que tié de secano más de tres mil fanegas de cebá solo. Pero, amigo, le hacían falta cuartos y la vendió como el que vende la suegra.

En esto habíase encharcado la pieza de alfalfa. *Rompeollas* se echó la azada al hombro, y metiéndose valientemente en la acequia, hasta media pantorrilla, fué á cortar la entrada del agua en el bancal, levantando una pequeña escarpa de tierra fangosa y destruyendo otra que contenía la corriente. El agua se precipitó murmurando por el nuevo cauce y, precedida de un feston de espuma roja, que arrastraba los yerbajos caídos en la acequia, fué á dar en la pieza de los melones, sorprendiendo con una inesperada inundación á los grillos y saltamontes que á centenares anidaban allí: veíaseles huir de sus anegados escondites y refugiarse en los pequeños tormos de tierra que el agua desmoronaba sin piedad.

El tío Juan, que no apreciaba como oro el silencio, volvió á pegar la hebra.

—¿Y como ha sido el madrugugar tanto, señorito?

—El dolor de estómago, tío Juan; y una golondrina que me ha honrado esta noche con su compañía y en cuanto barruntó el alba, empezó á revolotear por la alcoba: no he tenido más remedio que levantarme y abrirle la ventana.

—¿Conque le duele á usted el estómago? Pues eso con un papel del vie-carbonato que se le quite.

—Hombre, á propósito. Me ha dicho la María Jesus que tiene usted gracia.

—Eso icen; pero como los señoritos, cuasi tos, se rien ustedes de eso, no me aterinaba á icirle na.

—Vaya, pues yo no me río, y creo firmemente que es usted una especie de apóstol milagroso.

—¡Si no son milagros! Es un don que da Dios á angunas presonas. Mi amo es mu descreio y se rie; pero yo no portío con él, porque es un hombre de estudio y no es lo mismo hablar con el rey que con la albarda. Miusté, ahí tengo en el corral doce cerdos como doce claveyinas, que cuando los trujeron al cortijo parecían galgos pa cazar; pues hace dos meses que los capamos y á la marrana grande se le ensució la moscarda en la hería y le entró una gusanera que se la comía viva.

—Entonces le haría usted la señal de la cruz.

—No, señor; le corté uas cuantas cerdas del rabo; hice una hendiura con la faca en una rama de higuera negra, metí los pelos ebaio la corteza y aluego la até como quien hace un enjerto. A los tres días estaba la china más limpia que los chorros del oro.

—¡Qué atrocidad! ¿De modo, que sin curarle la herida?

—Le diré á usted; como curarla, yo le quitaba los gusanos y le lavaba la hería con agua fornecada; pero lo que la sanó fué el meter los pelos en la higuera.

Con esto quedé convencido de la gracia del tío *Rompeollas*; pero no consentí en que me tocara el estómago y ni siquiera la di cuatro pelos del bigote para un enjerto. La gracia del tío Juan sólo era buena para la hipocondría.

NICOLÁS DE LEYVA



REPITORIA

Suplicamos á las señoras profesoras y señores profesores de primera enseñanza á quienes se refiere esta súplica se sirvan no poner en los rótulos de sus establecimientos: *Colegio para niños, colegio para niñas, colegio para señoritas*, etc., y pongan en su lugar *Colegio de...* en la seguridad de que la gramática castellana se lo habrá de agradecer eternamente.

Y puestos á poner peros al para rogamos también á los dignísimos señores caseros no coloquen esos letreros de *piso para alquilar*, sino *por alquilar*.

Sería una verdadera lástima que llegados á fines del siglo XIX resultara que no se saben decir en castellano unas cosas tan sencillas.

Un usurero, citado ante un tribunal para responder de varias injurias dirigidas á una de sus víctimas, se muestra impaciente porque le hacen esperar mucho tiempo, y dice al portero:

—¿Me llaman ó no me llaman?
—Espere usted, hombre. Hay otros ladrones antes que usted.

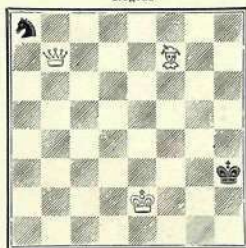
Salsa flamenca. — Tómense 100 gramos de manteca, 2 yemas de huevo, una cucharadita de harina, 5 gramos de escaluña, 5/gramos de perejil, 2 gramos de perifollo, 2 decilitros de caldo de pescado y un poco de limón.

Operación. — Derrítanse 20 gramos de manteca; mézclense en ella la harina y la escaluña, remójese con la cocción hirviendo, y agítase. Dlíyanse las yemas con el limón y la cuarta parte de la manteca, y vértase en la salsa; hágase hervir ésta agitando; retirase del fuego; añádase la manteca que queda y el resto de las yerbas, aromatícese con

Problema de ajedrez núm. 6

POR C. M.

Negras



Blancas

Las blancas juegan, y dan mate en tres jugadas

un polvisco de canela y sírvase caliente en una salsera.

Un bebedor empedernido es víctima de un ataque de parálisis.

El médico que le asiste le dice al cabo de una semana:

—Vamos muy bien, ya puede usted mover los dedos de la mano.

—Nada, nada; no estaré bien curado hasta que no pueda empinar el codo.

—¿De dónde vienes?
—De casa de las de Gordillo.

—¿Y qué ha habido?
—Tres muertos vistos.

—¡Canastos! ¿Alguna riña?

—No, hombre; es que se juega, y esta noche he visto á la señora levantar tres muertos.

—¡Qué bestias somos!
—¡Hombre! ¡Bien pudieras hablar en singular!
—Tienes razón, sí; ¡qué bestias eres!

Definiciones:
Imposible. —El hombre que quie-

ra que todas las las mujeres le sean fieles.

Verdugo. — Un filósofo á quien nada importa la vida de los demás.

Declaración de amor. — Una impertinencia dicha cortésmente.

Estudiante. — El joven que va comprendiendo que su padre es un ignorante.

Guillotina. — Remedio radical contra el dolor de cabeza.

Preguntándole á Aristóteles, qué era lo que más difícil le parecía, respondió:

—El saber callar un secreto.

Preguntaban á uno que se moría:

—¿Cómo va eso?

—Pues que no va; se va.

CHARADA

Prima dos, terciá mujer, al hombre cinco tras cuatro, aunque se llame total, que es nombre bastante raro.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

		Tú
Bu	B II	Alina
tecon		Yo

Las soluciones en el próximo número.

SOLUCIONES

á los pasatiempos del número anterior

Charada. — Timoteo.

Jeroglífico comprimido. — Un exi-

to en toda la línea.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. * INSERTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL DE RAMÓN MOLINAS: PLAZA DE TETUÁN, 50 — BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid